

Cromañón

EZEQUIEL RATTI
FRANCA TOSATO

Cromañón
*La tragedia contada
por 19 sobrevivientes*

*Este libro está especialmente dedicado a los
194 pibes, dueños de todo un futuro por
delante que se esfumó una noche tras las
puertas de Cromañón.*

*A sus familiares y amigos, tenaces en la lu-
cha inquebrantable por alcanzar justicia.
A sus heridas, que también son nuestras y
de todo un pueblo. Heridas que no callan,
que no cierran, que no encuentran consue-
lo, ni calma, ni paz.*

*Para que la noche de esas narices negras no
se haga humo.*

Diseño de interior: Susana Mingolo
Ilustraciones del interior: Fernando Serra

Índice

<i>Me presento y agradezco</i>	9
<i>Me doy a conocer, digo gracias y abro todas las puertas de Cromañón, república de una masacre cantada</i>	15
<i>Cronología y escenario del espanto en tiempos de rocanrol</i>	19
<i>Cromañón en las noticias</i>	23
1. La gloria	29
2. La fiesta	63
3. El sermón	81
4. La pasión	99
5. El caos	115
6. Una pesadilla	133
7. Una luz	153

8. Los ángeles	173
9. El fin	195
10. Una esperanza	219
11. La lucha	237
EPÍLOGO: ¿Y lo peor? No es la primera vez	255
<i>El día que nos cuiden, no habrá más</i>	
<i>Cromañones ni olvidos...</i>	259

Me presento y agradezco

Mi nombre es Ezequiel Rodrigo Ratti, me dicen “Oki” o “Eze”. Tengo veintitrés años y soy un sobreviviente de República de Cromañón.

Nací, crecí y todavía hoy, gracias a Dios, sigo viviendo en el oeste del Gran Buenos Aires con mis padres Raúl y Beatriz. Papá labura en la agencia de promociones de un tío postizo macanudo, y mi madre es la guardiana del hogar. Una pareja común de clase media que, a pesar de los altibajos económicos del país, ha estado siempre muy unida peleándola para que jamás nos falte nada. Ni a mí, ni a mis hermanos.

Ni bien tuve uso de razón, o sea, desde chiquito, decidí hacerme hincha de Vélez. Unos cuantos años más tarde, cuando me tocó elegir una carrera, la cosa no fue tan fácil. Digamos que me pareció como piola estudiar publicidad. Pero la verdad es que ni el márketing, la dirección de arte, la redacción o la planificación de medios despertaron la pasión que los viejos esperaban. Una

pasión que para esa época estaba repartida entre el Fortinero y Callejeros, mi banda de rocanrol favorita, a la que seguía en cada una de sus actuaciones.

El día 30 de diciembre de 2004, fecha que esperé con mucha ansiedad, fui a República de Cromañón dispuesto a ver el último recital del año de “los chicos de Celiña”. La enorme cantidad de pibes que estábamos ahí habíamos ido a pasarla bien, a compartir con callejeros de todo el país la emoción que nos provocaba escuchar a la banda de nuestros amores.

De golpe, apenas habían arrancado con el primer tema, vi cómo una superfiesta del rocanrol se convertía en una película de terror. Lo que tuve que soportar en ese lugar me partió la cabeza. ¿Qué digo cabeza? ¡Me partió la vida en dos! Es una mochila que voy a llevar hasta el día que me muera.

¡Y pensar que yo era un chico feliz! Me hacían feliz sus canciones, me sentía feliz cuando pisaban el escenario, que cada vez tuvieran más seguidores. Me hacía feliz su éxito, que sentía como mío. Esperar el próximo show y saber que había llegado, otra vez, el momento de agitar con las letras de rock que nos entienden, a mí como a miles de pendejos de mi edad. Con Callejeros podía sentir al mango el privilegio de ser feliz. Hoy me pregunto si habrá sido demasiado perfecto amar a la banda que sabía ponerle las palabras justas a mis sueños, el sonido exacto a mis ilusiones.

Pero en medio de lo que soñamos en ritmo de fiesta, esa noche aprendí a la fuerza que la muerte está mucho más cerca de lo que creía, que se puede tocar y *te* puede tocar. Pensé en mis viejos. En mi madre y mi pa-

dre, que no se merecían una cosa así. Son buenos tipos. Jamás me cortaron el vuelo, todo lo contrario. Entendían que siguiendo a la banda yo era feliz.

Tocaran donde tocaran —Liniers, Mataderos, Cosquín, Catamarca, Salta o Jujuy—, ahí estaba yo prendido a la garantía de dos horas de felicidad.

Eso es lo que querían mis padres para mí. ¡Pobrecitos! ¡Qué fiestas de mierda iban a pasar! ¡Si por lo menos me hubiera podido despedir! Pero nada, me fui sin decirles todo lo que los quiero a ellos, a mis hermanos, a mis amigos. ¡Morir tan joven y de una manera tan, tan estúpida! ¡Y todo por un boludo que tiró una candela al techo!

Perdí a muchos amigos. Lloré como nunca. El dolor de cada familiar que llegaba y se encontraba con el cuerpo de su ser querido tirado en la vereda era como una puñalada para mí.

Después, nada. Todo fue tan rápido que no me dio tiempo a entender. Las horas pasaron, la pesadilla fue quedando atrás y de a poco desperté a una realidad parecida a la de siempre, pero pintada de “negro Cromañón”. En esa realidad estaban mis viejos, contentos y confundidos. Me colgaba mirándolos, mientras flasheaba cómo estarían si me hubiera muerto. ¿Qué pasaría por sus cabezas? Una de las peores cosas hubiera sido no conocer cómo fueron mis últimos momentos. Pensaba en los padres que perdieron a sus hijos, en los veinticinco amigos a los que no volvería a ver, en la montaña de zapatillas vacías. Sentía angustia, bronca, indignación, impotencia, pánico cada vez que venían a mi mente los fantasmas de esa noche. El dolor que golpeaba mi co-

razón y revolví mis tripas fue lo que me llevó a querer vomitar sobre el papel el veneno que debí de comerme en ese maldito boliche.

Durante la primera marcha, que fue en Once, le dije a un par de amigos seguidores de la banda que quería hacer un libro. Ni yo mismo me lo creía. ¿Cómo sería eso? Creo que lo dije de inconsciente, desde las ganas. Yo no era, ni ahí, de ponerme a leer libros o a escribir. Ni a palos. Pero a partir de Cromañón quise largar afuera toda la rebeldía acumulada ése y los demás días. La bronca. Comencé a recordar todos los momentos, buenos y malos. Cosa que aparecía, la escribía. Ya más seguro, me volví a contactar con mis amigos en una de las marchas y les conté bien cuál era mi idea. La gran mayoría me dijo que era buenísima.

Anoté todo lo que me venía a la cabeza. Pensaba en lo que haría falta para armar un libro, y entonces, mañana, tarde y noche me dediqué a recortar notas y comentarios que aparecían en revistas. Deliraba figuras junto a un amigo dibujante. Le pedí a otros sobrevivientes sus relatos. No importaba cuánto dijeran. Algunos no se animaban a escribirlo y prefirieron el diálogo ante un grabador. Lo importante era que contaran la verdad. Lo que les pasó y punto. Así se fue acumulando material, la semilla de este libro.

Quiero agradecer a mi mamá, mi papá, Seba, Vir, Ale, Romi, Cami, Fran y a mis tíos, primos y abuelas Rosita y

Tina. A Debo, en especial, por bancarme tanto. A los que aportaron desinteresadamente sus testimonios, entre ellos, Marito de Boedo, Nahuel de Tapiales, Pancho de Madero, Dany, Sol Hayward, Andy de San Fernando, Facu de Paso del Rey, Domi, Fede de Lugano, Naty del Fondo, Ema de Córdoba, Lucre de Bahía Blanca, Facu de Merlo, Gaby de Florida, Fico de Celina, Vico, Viru, Pao, Mati “Fiorito”, Tato, Tavo. A todos los chicos que compartieron momentos con nosotros en recitales de Callejeros: Roco, el Chino, Cele, Dieguito, Néstor, Miriam; “Los Banderitas”: Omar, Leo, Horacio, Leo del Rojo; a “La gran familia piojosa”: Seba, Pipo, Ariel, Tío Martín, Eze de Junín; a los chicos de “El fondo no fisura”; a mis amigos de la vida: Fer Serra (autor de todos los dibujos del libro), Nano, Mariano Paez, Yani, Eze, Herni, Fede, Pity, Manu, Pafu, Maite, Lu(ciber luc@s), Juli, Vicky, Leo Balaguer, Pedry, Lore, Luis, Dany, José, Marce la Negra, Seba Monastra, Gise y Fer, familia Cavaleiro, familia Álvarez, Diego (“El Chino”), Nico, Fede y Santy, Seba, Guille, Mauro, Martín, por hacerme salir adelante; a toda la familia Nicholson.

A Franca Tosato, por cruzarse en mi camino y dar a luz este libro que expresa lo que vivimos.

Finalmente y pidiéndole prestadas palabras a Ernesto Sabato, quiero sumar mi deseo al de miles de personas para que hechos como el de Cromañón no se repitan. Ni aquí, ni en la China, Indonesia, México, Paraguay, Estados Unidos o Filipinas. NUNCA MÁS.

*Me doy a conocer, digo gracias
y abro todas las puertas
de Cromañón, república
de una masacre cantada*

Soy Franca Tosato. En mi vida hice de todo: tuve hijas, planté árboles, pero escribir un libro... nunca. Hasta que tuve que cambiar los pinceles por el teclado de la computadora, cuando una tarde de marzo llegó Cromañón en la carpeta de Ezequiel. Entonces retrocedí a aquella noche del 30 de diciembre de 2004. Temperatura porteña. Verano infernal. Estaba tratando de resucitar las plantas de la terraza, pero hasta el agua que salía de la manguera era un fuego. Una catarata de sirenas me hizo suponer que algo grave estaba pasando. Encendí el televisor y quedé consternada.

Días después llegó la primera marcha. Los escuché de lejos y fui hasta Rivadavia para acompañar de alguna manera el dolor de los familiares. Un vecino me comentó que esa noche él se fue a ayudar. Le confesé que yo lo había pensado como posibilidad, pero sentí mucho miedo. Me habló sobre una chica que había ido sin

que la madre supiera y no le presté atención. Estaba muy concentrada en dilucidar si, usando el dolor como bandera, no se había infiltrado algún partido oportunista. Mi sexto sentido me dijo que había allí mucho olor a política. Me indignó y volví para casa. No me cabía que la forma de expresar tristeza, luto y tantas lágrimas fueran saltos, bombos y cantitos. Y me pregunté qué haría el jefe de gobierno ante semejante cimbronazo. Agradecí que a mi hija no le gustaran los que tocaron ese día. ¿Quiénes eran? No los conocía. Con el paso del tiempo la tragedia de Once se fue apagando en mi memoria, al mejor estilo olvidista argentino. Hasta que, como ya dije, llegó Ezequiel, nombre de ángel y profeta.

Doy gracias al papá de Ezequiel, por tenerme fe en algo tan delicado como cristalizar el sueño de su hijo. A Ezequiel, para quien no tengo palabras... Y a sus amigos sobrevivientes, por aportar con total generosidad cada uno de los testimonios, confiando en que yo, “una mujer grande”, fuera la transmisora e intérprete de sus vivencias.

A mis padres por estar, no estando. A los amores de mi vida, mis sagradas hijas Sofía y Sol, y a sus compañeros Mauro y Nacho.

A Esmeralda, que con la luz miel de sus ojos felinos iluminó mis largas noche de té, tutucas y Cromañón hasta partir, enigmáticamente, cuando finalicé el libro.

A los hermanos de cuna, Silvana y Marcos; y de media cuna, Franco. A los hermanos del alma, Liliana Filgueiras, Jeannette, Malena, “la Forte”, Maia, “la Alber-

tinazzi”, Chabela Lobo, Alberto Gómez. A los Kalata; Euge más Lucio, y a todos los Bovinos Pistolinis de São Paulo. A los santos Raúl Luna, Nestorbank, Osvaldo, Dany y Hugo; Santas Nacarattos, Lidi, Hilda *de Santis*, Sapino y luminosas Alicia. A Josei, Greco “el bueno”.

A los doctores: R. Sussman, W. Kidd, Ángel G. y Alejo M., de la Avenida Rivadavia. A Liana. A Mecha y el elenco estable. Al señor Enrique Luis Discépolo, hijo de Doña Raquel Díaz de León y Enrique Santos Discépolo. A Hugo Casares, Juan Carlos Nicholson, Gustavo Pérez, a la doctora M. Victoria Harvey y a Raúl Filippi, hermano-amigo, colaborador de lujo. A Marce Díaz; al equipo de Sexto Sentido y al mundo publicitario.

Un agradecimiento muy especial a Miguel Ángel Ávila por haber sido el puente con Editorial Planeta. A Paula Pérez Alonso, que nos ayudó a caminar seguros por un mundo desconocido. A Graciela Gliemmo, nuestra editora, a quien al principio temí y luego amé por su sabia tarea. A Planeta por haberle dado a este libro las alas que necesitaba para volar a contar su mensaje.

Finalmente, a miau Diamantina. Y a quien debí nombrar en primer lugar: al hacedor de estrellas, Dios.

A todos aquellos que no nombro pero llevo en mi corazón, también gracias.

Abro todas las puertas de *Cromañón, república de una masacre cantada*, un libro que es fruto de una noche patética, ocurrida en un lugar ubicado en una ciudad tramposa, capital de un país rico, en donde los pobres mue-

ren de hambre; parte de un continente al que siguen depredando águilas de voracidad insaciable, adueñadas de este planeta llamado Tierra.

Yo, que vivo en el mismo planeta, continente, país, ciudad y barrio, acepté trabajar junto a Ezequiel con la condición de reconstruir los hechos tal cual ocurrieron. No pretendemos que este libro sea una pieza literaria, ni un pasquín político solapado. Ni siquiera aspiramos a ponernos en la piel de los familiares y reclamar justicia, aunque tenemos toda la razón para hacerlo. Sólo nos hemos propuesto narrar los hechos. Simplemente, los hechos.

Este libro está armado con retazos de los testimonios de algunos seguidores de Callejeros. Todos los personajes son reales, salvo uno que condensa los testimonios de chicos y chicas que fueron esa noche a Cromañón sin ser seguidores de la banda. Es Coni, que ni siquiera conocía a Callejeros y terminó en un hospital, en el mejor de los casos. Pensamos que la historia tampoco estaría completa sin la presencia de un vecino solidario: Rafa, que en realidad se llama Daniel y le cambié el nombre para evitar confusiones con el sobreviviente Dany.

Yo, por mi parte, puse los retazos de mi experiencia al servicio de los chicos y ayudé a Ezequiel a entretrejer, ordenar y pulir la enorme cantidad de material que nos acercaron al “Refugio de Ángeles”, nombre con el que bauticé mi casa desde hace muchos años.

FRANCA TOSATO

Cronología y escenario del espanto en tiempos de rocanrol

30 de diciembre de 2004. Ciudad de Buenos Aires

A las 22:20 horas una bengala lanzada hacia el techo genera la mayor tragedia no natural producida en la Argentina, en República de Cromañón, boliche del barrio de Once.

A las 22:50 horas el cuartel de Bomberos de la Policía Federal recibe el primer llamado por el que les avisan que se ha provocado un incendio en Cromañón.

A las 23:00 horas el fuego y el humo se apoderan del lugar. El público presente, casi todos jóvenes seguidores de la banda Callejeros, empieza a correr despavorido. Las 4.500 personas —algunos estiman que eran alrededor de 6.000— buscan, infructuosamente, una salida de emergencia que se encuentra cerrada con candados y alambres para evitar el ingreso de los clásicos colados.

Ante la presencia de las llamas, quienes ocupaban el primer piso deciden arrojarse a la planta baja.

Aunque el fuego se combate de inmediato, no pudo erradicarse el humo que se convierte en el verdadero causante del deceso de la mayoría de las víctimas. El excesivo tiempo que insume la apertura de la puerta de emergencia, a cargo de varias personas, gravita directamente en la enorme cantidad de muertos por asfixia.

Un gran despliegue de policías, bomberos, médicos y enfermeros se suma a la tarea de rescate iniciada por los mismos sobrevivientes. Vecinos, tacheros, colectiveros, entre otros, también colaboran en lo que pueden. Muchas de las víctimas fatales eran colocadas en fila sobre la vereda de la calle Bartolomé Mitre.

Casi 900 accidentados, en su mayoría jóvenes, fueron trasladados a los diferentes hospitales, sanatorios y otras entidades de los alrededores de Once.

31 de diciembre

Al día siguiente de la tragedia, cientos de familiares se agolpaban frente a las puertas de la Morgue Judicial para pedir información sobre el paradero de sus seres queridos.

Alrededor de las 18:00, Omar Chabán, el dueño del local donde ocurrió el siniestro, fue detenido en uno de sus domicilios, en el barrio porteño de Monserrat.

Información obtenida a través de publicaciones aparecidas en distintos medios